

“DEL SUELO NATIVO”: UN POEMA OLVIDADO DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE

ESTE POEMA QUE, de alguna manera, escapó a los ojos de los recopiladores, forma parte de una colección de poemas y textos dispersos que publicaré este año y de la cual apporto igualmente algunos adelantos en mi libro *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, que en breve hará circular el Fondo de Cultura Económica.

El poema, publicado el 23 de noviembre de 1907, corresponde al periodo final de la presencia de López Velarde en Aguascalientes cuando estaba terminando la preparatoria en el Instituto de Ciencias. En las vacaciones de fin de curso (eran en otoño y cubrían la mitad de septiembre, octubre y la mitad de noviembre) se va a Jerez a la casa de su tío Sinesio con la habitual intención de estar cerca de Josefa de los Ríos, “Fuensanta”. A mediados de noviembre del mismo 1907, se despidió de su familia en Aguascalientes (donde radicaba desde 1902, si bien su padre, Don Guadalupe, alias “El Nahual”, se había ido hacia allá desde antes) y toma el tren rumbo a San Luis Potosí, donde él y su hermano Jesús se han matriculado en el Instituto Científico y Literario, respectivamente, en leyes y en medicina. Es probable que el poema, pues, haya sido el último que redactó en Aguascalientes antes de salir hacia San Luis.

El poema pertenece a la etapa juvenil de López Velarde, redactado cuando acaba de cumplir sus diecinueve años. No pertenece a su mejor poesía, desde luego, pero trasciende por la presencia en él de un asunto consustancial a sus afanes. Es curioso que “Del suelo nativo” no haya encontrado sitio dentro de *La sangre devota*. No sé si esto se deba a que López Velarde estaba descontento con él o bien al confirmado desorden con que guardaba su producción. Si el caso es el primero, extraña que si haya incluido poemas aún más débiles que éste; si es el segundo —lo que tampoco es difícil—, hoy le torceremos el brazo a la fortuna.

Este asunto consustancial es el del *retorno* a Jerez, el de la compulsiva nostalgia de un bien perdido que, para ser vicariamente recuperado, exige la cofradía del impulso poético. Continúa, por ejemplo, la línea de “Viaje al terruño” (*Obras*, pp. 86-89), publicado seis meses antes, y de muchos otros poemas y prosas.

Es interesante un viraje de intenciones entre este y otros poemas dedicados al *retorno*. En “Viaje al terruño”, que relata un retorno idealizado acaecido en diciembre de 1906, cuando López Velarde pasa parte de sus vacaciones en Jerez, todavía se siente parte del pai-

saje físico y moral del pueblo. A pesar de haber sido expulsado de él siete años antes, se reintegra a sus actividades (sobre todo a su pasión por Fuensanta) como si su salida hubiera sido apenas un paréntesis olvidable. En “Del suelo nativo” sucede lo mismo: hay una celebración tan intensa del lugar que todo lo que es *afuera* se borra en una referencialidad menos que accidental: la verdadera vida es la que sucede *dentro* de Jerez. Más tarde, por ejemplo en “Al volver” (pp. 66-67), el paréntesis ya no está constituido por lo que sucede fuera del pueblo, sino por el regreso fatal a él.

Esta apropiación mítica de Jerez, que irá desplazando los ruidosos poemas vacacionales, culminará años más tarde, en 1913, cuando el pueblo, hablando por los medallones de yeso del portón, se pregunte ante la presencia del exiliado: “¿Qué es eso?”. López Velarde está involucrado en el doloroso *tour de force* de perder a su pueblo en la historia (y ganar en su poesía) que se convertirá en un *leit-motiv* crucial de su obra. “Del suelo nativo” es un indicio elocuente de la primera actitud, libre aún de la marca del maleficio.

Puede decirse que estos poemas —“Viajes al terruño” (1907), “Del suelo nativo” (1907), “Al volver” (1910), “El retorno maléfico” (c. 1917)—, los tres ya conocidos y el que ahora presento, constituyen con muchos versos de otros poemas y prosas como “En el solar” (c. 1913) una unidad que ilustra el largo y doloroso proceso por el cual Jerez deja de ser un lugar en el espacio para devenir un mito poético.

“Viaje al terruño” es un poema exultante que no escatima la voz de una felicidad compacta. Como todos los poemas mencionados, narra un regreso a Jerez. En este caso particular, es un regreso imaginario: el poeta sueña que regresa con *su mujer* al pueblo en un carruaje atendido por “cortesés lacayos” y “galantes palafreneros”. Es un poco patético, pero hay que perdonar estos deslices de una extrema juventud. Como un héroe de novela de Dumas (López Velarde lo leía entonces), avanza hacia Jerez con Fuensanta amorosamente abrigada entre los brazos. (La realidad era muy otra: carromatos deplorables cuyos galantes palafreneros más que de Dumas habrán heredado su catadura de un dudosa picaresca.) Mientras el carruaje se acerca a la “ciudad nativa” el galán hace la descripción de inmediaciones y goteras y, ya adentro, de las calles, para acceder finalmente al Jerez más íntimo: “el patriarcal sosiego del hogar”. El poema tiene un final interesante: recorrido

el pueblo e instalados los viajeros, el envío del poema cancela la fantasía en una imagen a todas luces simbólica y característica de López Velarde: Fuensanta y el poeta se abrazan "en el materno regazo" de la tierra: en el centro de Jerez hay una tumba donde *viven* abrazados Fuensanta y el *idólatra*.

A pesar de ese final *sui generis*, las décimas —de muy escaso valor formal— resultan demasiado alegres, casi vocingleras. La primera versión de este poema, fechada el 25 de mayo de 1907, será incluso corregida por López Velarde en lo que tiene de excesiva alegría (cambiará, por ejemplo, "A nuestros felices lares" por "A tus plácidos hogares" en un afán de comerciar plácidez por felicidad; otro dato interesante es que en esa primera versión López Velarde no duda en encerrarse con Fuensanta, antes que en la tumba materna, en la rotundez de la primera persona del plural que luego será suavizada en la prudencia de la segunda del singular como se advierte en el mismo ejemplo citado en este paréntesis. O como lo confirma este otro; en la primera versión el verso 24 decía "que perfumó *nuestra* cuna", mientras que en la segunda se pacifica así; "en que se meció *tu* cuna"). Y es que la primera versión de "Viaje al terruño" corresponde a un momento de la relación con Josefa de los Ríos en el que López Velarde todavía calcula que hay un futuro, de la misma manera en la que todavía se piensa una pieza integral del paisaje jerezano. Tres años después, al reescribirlo —por lo que quizá José Luis Martínez lo fecha en 1910—, López Velarde, a pesar de ser el poema todo una fantasía, matizará su optimismo con la distancia propia de un despechado.

"Al volver" ya está escrito después de la muerte simbólica de Fuensanta en 1909. Volver a Jerez, antes, era "glorioso contento" y ahora es "desgano" y "angustia". El carruaje del poema anterior ha sufrido una metamorfosis quijotesca y deviene "antigua posta". La "serenata" de las ruedas del carruaje se trueca en "fúnebres sonos". Todo esto porque, como dice el verso más memorable del poema, "mi corazón es una cuerda rota". El viaje termina súbitamente ante la presencia de Fuensanta: la quimera tejida por la larga veneración del poeta parece que aguarda, como una aduanera sentimental del paraíso mítico, al pie mismo del camino que López Velarde ha tendido desde el penoso *afuera* de su deseo.

"El retorno maléfico" (pp. 154 - 155) representa dentro de este esquema un momento final de este asunto del retorno a Jerez. Si "Viaje al terruño" es una fantasía, "El retorno maléfico" es una fantasía a contrapelo, es decir, una pesadilla. Si aquél prometía un retorno que no se detendría sino hasta la tumba conyugal y *materna* (en este asunto la casa siempre es paterna mientras que la tumba, debajo de ella, es materna), "El retorno maléfico" elucubra el terror de esa tumba soltera y parcial que representa la historia. No hay descripción del viaje que conduce al pueblo en este caso ni los prolegómenos líricos de los poemas anteriores. Lo que hay es un enfoque drástico del instante final del retorno: el camino termina ya no en Fuensanta, sino en una

puerta cerrada y un pozo de tiempo perdido; es la llegada a la casa *paterna* de un "hijo pródigo" que, a diferencia del bíblico, ya sabe que no hay nada que recuperar. Es la versión final y derrotada, la expresión más antagónica posible, del poema que hoy publicamos y ante el cual se yergue como una antítesis.

"Del suelo nativo" es, pues, la crónica de un retorno benéfico. Pertenece cronológicamente al momento todavía idílico de la fábrica imaginante de López Velarde en relación tanto con el pueblo como con su avatar, Fuensanta. Como en los otros poemas, las campanas anuncian la llegada. La mirada se detiene en una ambientación verbosa, bucolizante. El pueblo "saluda con voces fraternales" porque la cuerda aún no se ha roto. Tan es así, que la sangre oprobiosa de los poemas posteriores a la pérdida, esa sangre tumultuaria contra cuyo deseo de continuidad el poeta se debate, todavía es motivo de orgullo. Es también un territorio aún dispuesto a ceder ante el poder de convocatoria del deseo:

...y con los hilos frágiles del sueño
reconstruyó el momento de la dicha...

"la voz solemne del pasado" dispensa aún los réditos propios de una intacta armonía emocional. El pueblo, *paternal*, resguarda a la originadora de esa armonía: Fuensanta. Debajo del pueblo, de sus muros históricos y viriles, duerme su profundo sueño el regazo hospitalario de la tierra madre: un regazo amante en una plácida actitud de espera: el ausente ha de regresar, salvará los muros de la historia, *remontará el río de los años*, cumplirá la orden mítica de volver *como la grulla* poética al pueblo, a fuerza de perderlo en el tiempo, y se disolverá en su esencia para siempre.

